

8/13  
D.

PA 2216

J 3  
S 6  
U. 2

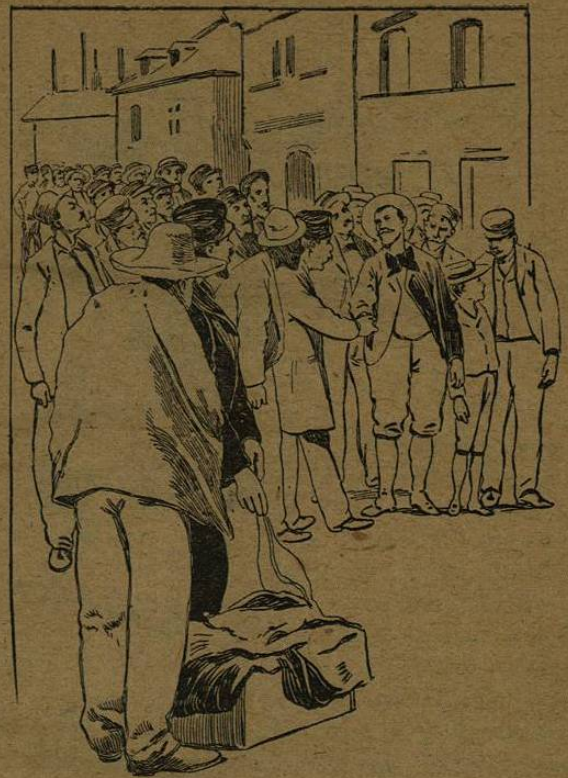


FONDÓ  
RICARDO COVARRUBIAS

SEGUNDA PARTE

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDÓ RICARDO COVARRUBIAS



Al pasar por entre la muchedumbre, Labassindre fué reconocido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO



I

Indret.

El barítono se puso de pie en la barca en que el niño y él pasaban el río Loira, por un poco más arriba de Paimboeuf y con gesto enfático: mira si esto es hermoso!

—¡Mira, Jack, dijo,

A pesar de lo que había de convencional y grotesco en aquella admiración de comicastro, hallábase justificada por el asombroso paisaje que se presentaba á su vista.

Serían las cuatro de la tarde. Un sol de Julio, un sol de plata fundida, esparcía sobre las aguas su rostro luminoso. Aquello producía en el aire una reverberación palpitante, como una bruma de luz, en la cual, la vida

del río, activa, silenciosa, aparecía con efectos rápidos de espejismo. Velas de barco entrevistas, que parecían doradas á aquella hora, pasaban á lo lejos como si volasen.

Eran barcas procedentes de Noirmoutiers, cargadas hasta la borda de una sal blanquísima y brillante, manejadas por pintorescas tripulaciones: hombres con el enorme tricornio de los salineros bretones; mujeres cuyas cofias abundantes de tela, tenían la blancura y el brillo de la sal.

Veíanse también faluchos costeros dedicados al comercio de cabotaje, con sus cubiertas atestadas de sacos de grano y barricas; remolcadores que arrastraban una fila interminable de barcas; alguno que otro barco nan-tés de tres palos, que, procedentes del fin del mundo, volvía á su país después de dos años de ausencia, y remontaba el río con movimiento reposado, lento, casi solemne, como si llevara dentro de sí el recogimiento religioso propio de quien vuelve á su patria, y la poesía misteriosa que tiene todo lo que viene de muy lejos.

A pesar del calor de Julio, un soplo de viento animaba toda aquella hermosa decoración, porque el viento venía del mar con frescura y alegría, dejando adivinar que, un poco más allá, al otro lado de aquellas olas apretadas que iban perdiendo ya en aquel sitio la calma, la tranquilidad del agua dulce, se encontraba ya el verde Océano sin límites, las olas furiosas, las tempestades.

—¿Dónde está Indret? preguntó Jack.

—Allí; aquella isla que se ve enfrente de nosotros.

Al través de la plateada bruma que envolvía la isla, Jack veía confusamente grandes álamos en fila, y altas chimeneas, de las cuales se escapaba un humo espeso,

negro, densísimo que iba esparciéndose y que ensuciaba el cielo. Al mismo tiempo oía un ruido estrepitoso: martillazos dados sobre hierro, ruidos sordos, otros más claros que repercutían de diversos modos por la sonoridad del agua, y, sobre todo, un ronquido continuo, perpetuo, como si la isla fuese un inmenso buque de vapor parado, pero haciendo andar sus ruedas, á pesar de tenerlas paradas.

A medida que la barca se acercaba lentamente, muy lentamente, porque pasar el río era cosa dura y difícil, el niño iba distinguiendo grandes edificios bajos de techo, de paredes ennegrecidas, que se extendían en todas direcciones con una uniformidad abrumadora; luego, á orillas del río y hasta donde la vista alcanzaba, enormes calderas alineadas, pintadas de rojo, cuyo color producía un efecto fantástico. Buques-transportes de guerra, lanchas de vapor, alineados frente al muelle, esperaban ser cargados, con la ayuda de una enorme grúa colocada cerca de allí, y que desde lejos parecía una horca gigantesca.

—Al pie de aquella horca, un hombre en pie veía llegar la lancha.

—Es Roudic, dijo el cantante; y con su más profunda voz de bajo, lanzó un ¡hurra! formidable que se oyó á pesar de aquel ruido infernal.

—¿Eres tú, muchacho?

—¡Diablo! Sí, soy yo. . . . ¿Hay acaso quien dé una nota como la mía, debajo de la capa del sol? La lancha atracó. Los dos hermanos saltaron uno en brazos de otro y se dieron un terrible apretón.

Se parecían; pero Roudic tenía mucha más edad y carecía de ese aspecto de bienestar que tienen casi todos

los cantantes. En vez de llevar barba, como su hermano, iba afeitado, rapado, y su gorro de marinero, un gorro de lana azul muy descolorido, adornaba una cara de verdadero bretón, curtida por el aire del mar, con unos ojillos de mirada muy inteligente, afinada por los minuciosos trabajos de su oficio.

—Y en tu casa, ¿qué tal? preguntó Labassindre. ¿Cómo están Clarisa, Zenaida y todos?

—Todos buenos, á Dios gracias. ¡Hola, hola! este es nuestro nuevo aprendiz. Un muchacho muy guapo y muy alto. . . . . pero no parece muy fuerte.

—Pues hijo, es fuerte como un toro, y está garantizado por los primeros médicos de París.

—Entonces mejor, porque este oficio nuestro es muy rudo. Vamos ahora, si os parece, á ver al director.

Siguieron una larga avenida de hermosos árboles, que pronto se trocó en una calle de pueblo, bordeada de casitas blancas, limpias y todas iguales. Allí viven la mayor parte de los empleados de la fábrica, los maestros, los primeros obreros. Los otros habitan en la orilla opuesta, en la montaña ó en la baja Indret.

En aquel momento todo estaba silencioso: la vida y el movimiento hallábanse concentrados en la fábrica; y á no ser por la ropa blanca tendida en las ventanas, las macetas alineadas en los antepechos, el llanto de un chucuelo, la cadencia de una cuna, que salía por una puerta entreabierta, habríase podido creer que el barrio estaba deshabitado.

—¡Ah! la bandera está arriada, dijo el cantante cuando llegaban á la puerta de los talleres. . . . . ¡Cuántos sustos me tiene dados la dichosa bandera!

Y explicó á su amigo Jack que cinco minutos después

de la entrada de los obreros en los talleres, arriaban la bandera para indicar que las puertas de la fábrica estaban cerradas. Mala cosa para los rezagados, porque se les apuntaba una falta de asistencia, y á la tercera falta les echaban á la calle.

Mientras él daba estas explicaciones, su hermano se entendía con el portero de guardia y obtenía permiso para que entrasen en el establecimiento. Aquel era un ruido espantoso: ronquidos, silbidos, chirridos que variaban sin atenuarse, cruzándose de uno á otro de multitud de departamentos de techo triangular, espaciados en un terreno en cuesta, que se veía cruzado por numerosos rieles.

Una ciudad de hierro.

Los pasos sonaban sobre placas de metal incrustadas en el suelo. Caminábase por entre montones enormes de barras de hierro, de aros fundidos, de lingotes de cobre; entre filas de cañones de desecho, llevados allí para ser fundidos de nuevo, mohosos por fuera, completamente negros por dentro y casi humeantes todavía, antiguos señores del fuego, que iban por el fuego á morir.

Roudic, al pasar, iba indicando las diferentes divisiones del establecimiento:

—Ese es el taller de montaje. . . los talleres de pulir. . . las calderas. . . las fraguas. . . la fundición.

Tenía que gritar para que lo oyesen; tan grande era el ruido que los ensordecía.

Jack, asombrado, veía con sorpresa las puertas de los talleres, que estaban casi todas abiertas á causa del calor que hacía; un bosque de brazos levantados, de cabezas ennegrecidas, de máquinas en movimiento en una

obscuridad de antro profundo y sordo, alumbrado de cuando en cuando por sacudidas de luz.

Bocanadas de calor, olores de hulla, de tierra quemada, de hierro en combustión, salían de allí envueltos en impalpable polvillo negro finísimo, candente, que pro-ducía, al ser descompuesto por el sol, chispas metálicas; ese brillo de la hulla que puede convertirse en diamante.

Pero lo que constituía el carácter vivo, apresurado, jadeante de todo aquel trabajo gigantesco, era un sacudimiento perpetuo de sol y de aire; una trepidación continua, algo así como el esfuerzo de una bestia enorme, á la cual hubieran encerrado debajo de la fábrica, cuyas humeantes chimeneas dejasen escapar la respiración y los quejidos. Temeroso de aparecer demasiado novicio, Jack no se atrevía á preguntar quién hacía aquel ruido que ya desde lejos le había impresionado.

De pronto se hallaron frente á un antiguo castillo del tiempo de la Liga, sombrío, flanqueado por grandes torreones, y cuyos ladrillos, emnegrecidos por el humo de la fábrica, habían perdido su brillo primitivo.

—Aquí está la dirección, dijo Roudic.

Y dirigiéndose á su hermano, añadió:

—¿Subes?

—¡Ya lo creo! No me disgusta volver á ver al “Móno” y demostrarle que, á pesar de sus predicciones, se ha hecho uno un hombre á la moda.

Y se estiraba dentro de su americana de terciopelo, orgulloso de sus botas de gamuza amarilla y de su cartera de viaje, colocada á la bandolera. Roudic no le hacía objeción alguna, pero parecía cortado.

Pasaron por debajo de la poterna; penetraron en los vetustos edificios; cruzaron una porción de habitacion-

cillas irregulares, oscuras, donde trabajaba una serie de escribientes, sin levantar la cabeza. En la última sala, un hombre de aspecto severo y frío estaba sentado á una mesa de escritorio, colocada junto á una gran ventana.

—¡Ah! ¿Es usted, amigo Roudic?

—Sí, señor director; vengo á presentar á usted al nuevo aprendiz, y á darle gracias por.....

—¡Ah! ¿Este es ese verdadero prodigio? ¡Buenos días, muchacho! Parece que tenemos verdadera vocación por la mecánica, ¿eh? Eso está muy bien.

Y después de haber mirado atentamente al muchacho prosiguió:

—Oiga usted, Roudic; no parece muy fuerte el chico. ¿Está enfermo?

—No, señor director. Al contrario, me aseguran que tiene una fuerza asombrosa.

—Asombrosa, repitió Labassindre adelantándose; y ante la mirada de sorpresa del director, creyó que debía recordarle quién era él, que se había ido de la fábrica hacía seis años para entrar en el teatro de Nantes, y que, de allí, fué á la Opera de París.

—¡Oh! me acuerdo muy bien de usted, contestó el director con tono de perfecta indiferencia, y de repente se levantó como para cortar la conversación.

—Llévese usted á su aprendiz y procure usted hacer de él un buen obrero. Con usted estoy tranquilo.

El cantante, vejado por no haber producido el efecto que esperaba, salió muy disgustado. Roudic se quedó el último en el despacho y cambió algunas palabras en voz baja con su jefe. Después los dos hombres y el niño volvieron á bajar diversamente impresionados. Jack meditaba en aquellas palabras “no es bastante fuerte” que

todos le repetían desde su llegada. Labassindre digería su humillación; el ajustador también parecía preocupado.

Cuando estuvieron fuera:

—¿Es que te ha dicho algo desagradable?... preguntó Labassindre á su hermano. Tiene peor aire que en mi tiempo.

Roudic movió la cabeza tristemente:

—No. Me hablaba de Carlillos, el hijo de nuestra pobre hermana, que está en camino de darnos muchos disgustos.

—¿El nantés os da disgustos? preguntó el cantante. ¿Qué es ello?

—Pues que desde que murió su madre se ha hecho un perdido completo; juega, bebe, tiene deudas. Sin embargo, gana muy buenos jornales en el taller de dibujo. No hay un dibujante como él en Indret. Pero, ¿qué quieres? Todo se lo comen las cartas. Hay que creer que el vicio es más fuerte que él; porque todos le hemos hablado: el director, yo, mi mujer, sin conseguir nada. Llora, se aflige, promete no volver á las andadas; pero así que coge la paga, ¡cra! escapa á Nantes y va á jugar. Yo he pagado ya bastantes veces por él. Pero ya no puedo más. Tengo mi casa, ¡ya comprendes! y además, va siendo ya preciso pensar en establecer á Zenáida. ¡Pobre hija! ¡Cuando pienso que había tenido la idea de casarla con su primo! ¡Dichosa sería! Por lo demás, ella es quien no ha querido, á pesar de que él es un buen mozo y tiene mucho gancho. ¡Ah! Las mujeres tienen más sentido que nosotros... En fin, en este momento tratamos de hacer que se marche, para arrancarlo á las malas compañías. Precisamente me decía el di-

rector que acababa de encontrarle una plaza en Guérigny, en el Nièvre. Pero no sé si el muchacho querrá ir. Debe tener algunos amores por aquí, y esto es lo que le ata. Mira, tú debías hablarle esta noche. Acaso te escuchara.

—Yo me encargo de ello; no tengas cuidado, dijo Labassindre con aire de importancia.

Mientras hablaban, bajaban las calles de la fábrica, llenas á estas horas, pues el trabajo había terminado, de una multitud de gentes de todos aspectos, de todos los oficios, de blusa, de chaqueta, y en la que se veían la levita del dibujante y los uniformes de los vigilantes.

Jack estaba asombrado de la seriedad con que se efectuaba esta salida del trabajo. Comparaba aquel cuadro con los gritos, los empujones en las aceras que dan animación á París á la hora de salida de los talleres, tan ruidosa como la salida de las escuelas. Conservábase aquí la disciplina como á bordo de un barco de guerra.

Una niebla cálida flotaba sobre toda aquella población; niebla que el viento de la mar lo había disipado todavía y que flotaba como una pesada nube en la serenidad de aquella hermosa tarde de Julio. Las galerías, silenciosas, evaporaban sus olores de fragua. Silbaba el vapor, corría el sudor por las frentes, y la palpitación que Jack había visto hacía un momento, cesaba para dejar lugar á la respiración de aquellos dos mil pechos de hombres cansados por el trabajo de todo el día.

Al pasar por entre la multitud, Labassindre fué reconocido en seguida.

—¡Calle! ¿Cómo te va?

Lo rodeaban, le daban fuertes apretones de manos, se decían unos á otros:

—Mira al hermano de Roudic, el que gana cien mil francos al año sólo con cantar.

Todo el mundo quería verle, porque era una de las leyendas de la fábrica, aquella supuesta fortuna del antiguo herrero; y desde su partida, más de un joven compañero había tanteado su garganta para ver si por casualidad tenía en ella la nota, la famosa nota que producía millones.

En medio de este cortejo de admiraciones que su traje teatral inflamaba más, el cantante andaba con la cabeza erguida, hablando alto, riendo fuerte, lanzando “¡hola, tío tal!” “¡hola, señora cual!” á las casas cuajadas de rostros de mujeres; á las tabernas, á las pastelerías que llenaban aquella parte del Indret, donde se instalaban feriantes de todas clases, expendiendo sus mercancías al aire libre: blusas, zapatos, sombreros, pañuelos, toda la pacotilla ambulante que se encuentra en los campos y alrededor de los cuarteles y las fábricas.

Al pasar á través de aquellos puestos, Jack creyó ver una cara conocida, una sonrisa que atravesaba los grupos para llegar á él; pero no fué más que un relámpago, una visión arrebatada en seguida por la ola movible de la multitud, dirigiéndose á la gran ciudad obrera, esparciéndose hasta por la otra orilla del río, en anchas barcas cargadas, activas, numerosas, como para el transporte de un ejército.

Caía la noche sobre aquella agitación de horniguero en dispersión. Bajaba el sol. El viento refrescaba, agitando los árboles como palmas; y era un grandioso espectáculo el de la isla laboriosa entrando también en su reposo, vuelta á la naturaleza por una noche. A medida que el humo se disipaba, aparecían entre las galerías

masas de verdura. Se escuchaba el rumor del agua rompiendo en las orillas, y las golondrinas que rozaban la superficie del río, piando, se arremolinaban alrededor de las grandes calderas alineadas en el muelle.

La casa de los Roudic era la primera de una larga fila de construcciones que asemejaban un cuartel, en una ancha calle detrás del castillo. Una joven, de pie en el umbral de la puerta, elevada unos cuantos escalones, escuchaba, con la cabeza inclinada, á un mocetón apoyado en el muro y que hablaba con mucha animación. Jack había creído al pronto que aquella sería la hija de Roudic; pero oyó al viejo contraamaestre decir al cantante:

—¡Mira! Allí está mi mujer sermoneando á su sobrino.

El niño recordó que Labassindre le había dicho por el camino que su hermano se había casado en segundas nupcias pocos años antes. La mujer era joven, bastante guapa, alta y esbelta, con un aire de dulzura en el rostro, y un no sé qué de debilidad, de abandono, esa actitud inclinada que da á ciertas mujeres la fatiga de soportar una cabellera muy pesada. Contra la moda bretona, llevaba la cabeza descubierta, y su falda de tela ligera, su pequeño delantal negro, la hacían parecerse á la mujer de un empleado, y no á una campesina ó á una obrera.

—¡Eh! ¿Verdad que es linda? decía Roudic, que se había detenido á algunos pasos de su hermano y le daba con el codo, radiante de orgullo.

—¡Mi enhorabuena, querido! Se ha puesto más guapa desde que se casó.

Los otros seguían hablando, tan absortos en su conversación, que no veían ni oían nada.

Entonces el cantante quitándose el sombrero con un movimiento circular, entonó en plena calle y con voz atronadora:

Salve, morada casta y pura,  
Do se adivina la presencia. . . .

—¡Calic' mi tío, dijo volviéndose el que llamaban el nantés.

Hubo un momento de efusión, de abrazos. Fué presentado el aprendiz, á quien miró el nantés con aire despreciativo, pero al que la señora Roudic dijo con dulzura:

—Espero, hijo mío, que se encontrará usted bien entre nosotros.

Después entraron en la casa.

Detrás de ésta, estaba puesta la mesa en un jardincillo lleno de legumbres y de flores. Otros jardines iguales, separados unos de otros por enrejados de cañas, extendíanse á lo largo de un pequeño brazo del Loira, que parecía como el Bievre de aquel rincón, bordado de ropa tendida, de redes puestas á secar, de cáñamo, y arrastrando los detritus de todas aquellas casas de obreros.

—¿Y Zenaida? preguntó Labassindre en el momento de sentarse á la mesa.

—Comeremos la sopa mientras llega, dijo Roudic; en seguida viene. Está trabajando en el castillo. ¡Ah! Es toda una famosa costurera.

—¿Trabaja en casa del "Mono?" exclamó Labassindre, que no podía olvidar el recibimiento que le habían

hecho. Vaya, que debe estar contento. ¡Un hombre tan orgulloso, tan arrogante!

Y comenzó á clamar contra el director, apoyado por el nantés, que también tenía sus razones para odiarlo. El tío y el sobrino estaban, por otra parte, hechos para entenderse: ambos estaban en el límite que separa al artesano del artista, teniendo precisamente el suficiente talento para aislarse en su medio, pero una primera educación, costumbres, inclinaciones que les impedían salir de él. Mestizos de Europa, la raza más peligrosa, la más desgraciada de todas, con sus odios envidiosos y sus ambiciones impotentes.

—Os engañáis. Es, por el contrario, un hombre excelente, dijo Roudic defendiendo á su jefe, á quien amaba. Un poco duro en la disciplina. Pero cuando se manda á dos mil obreros, es preciso serlo. Si no, todo andaría mal; ¿no es verdad, Clarisa?

Volvíase así á cada momento en busca de apoyo hacia su mujer, porque tenía que habérselas con dos grandes discutidores, y él no era muy elocuente. Pero Clarisa se ocupaba en su comida, y notábase en ella la indolencia de una persona distraída, cuyas manos se mueven con lentitud y la mirada vaga, errante, porque la voluntad ausente está acaparada por algún combate interior.

Afortunadamente, Roudic recibió refuerzo, y un refuerzo recio. Acababa de entrar Zenaida, una mujercilla gruesa, que llegó, roja y sofocada, á lanzarse en lo más fuerte de la discusión. No era bonita. Pesada, pequeña, el talle mal formado, parecíase á su padre. La cofia blanca de Guerande, en diadema; la saya corta, sostenida en las caderas por un rodete; el pequeño chal, sujeto muy bajo en los hombros, aumentaban su as-



pecto ancho y macizo. Positivamente, tenía todo el aire de un armario. Pero en las espesas cejas de esta buena muchacha, en su barba cuadrada, sospechábase tanta energía, fuerza y voluntad, cuanta blandura y abandono en el rostro de la madrastra.

Sin tomarse el tiempo para desatarse las grandes tijeras que colgaban de su cintura como un sable, y el peto de su delantal todavía lleno de alfileres y de agujas que hacían de él una coraza para su valeroso pecho, sentóse al lado de Jack y acometió en seguida. La elocuencia del cantante y del dibujante no le asustaba. Lo que tenía que decir, lo decía con el acento de una buena mujer, clara y sencillamente; pero cuando hablaba á su primo, su mirada y su voz encontraban expresiones de cólera.

El nantés aparentaba no observarlo; lo tomaba todo á risa, y respondía con chistes que no la hacían desarrugar el ceño.

—¡Y yo que quería casarlos! decía en un tono mitad serio mitad placentero Roudic, que los oía disputar.

—No he sido yo quien ha dicho que no, dijo el nantés mirando á su prima.

—He sido yo, contestó la bretona, frunciendo sus terribles cejas y sin bajar los ojos. . . . Y me felicito de ello. Del modo que veo que van las cosas, sin duda que á esta hora ya estaría yo en el fondo del agua, de la pena de tener á usted por marido, prímimo mío.

Fué dicho esto con tal entonación, que el dichoso primo quedó un momento desconcertado.

Clarisa estaba también muy turbada, y sus ojos,

casi llorosos, buscaban los de su hijastra como suplicándole.

—Escucha, Carlitos, dijo Roudic con objeto de cambiar la conversación; voy á darte la prueba de que el director es una buena persona. Te ha buscado una plaza magnífica en la fábrica de Guérigny, y me ha encargado que te lo diga.

Hubo un momento de silencio, pues el nantés no se apresuraba á contestar.

Roudic insistía:

—Considera bien, hijo mío, que allá te encontrarás en condiciones mucho mejores que aquí. . . y que. . . . y que. . . .

Y miraba á su hermano, á su mujer y á su hija como para encontrar el fin de la frase.

—Y que vale más irse que ser despedido, ¿no es verdad, tío?, dijo el nantés brutalmente. . . Pues bien; quiero que me despidan si están cansados de mis servicios, y que no se me trate como á un cualquiera, de quien se desembarazarán reteniéndole su jornal.

—Tiene razón, ¡caramba! dijo Labassindre golpeando la mesa.

Enredóse la discusión, Roudic volvió muchas veces á la carga, pero el nantés se mantenía firme. Zenaida, sin hablar, no quitaba los ojos de su madrastra, que salía á cada instante, aunque no tuviera necesidad de ello.

—Y usted, mamá, dijo al fin, ¿no opina que Carlitos debía marcharse?

—Sí, sí, respondió vivamente la señora Roudic. . . . Pienso que haría bien en aceptar.

El nantés levantóse agitado y sombrío.

—Está bien, dijo. Puesto que todo el mundo aquí se alegraría de ver que me iba, ya sé lo que tengo que hacer. Dentre de ocho días me habré marchado. Ahora no hablemos más de ello.

Obscurecía, y encendieron la luz. Los jardines próximos se iluminaban también, y se oía por todas partes risas, ruidos de platos, esos rumores de ventorrillos al aire libre que hay en los arrabales de las grandes ciudades. Labassindre, en medio del embarazo general, había tomado la palabra, rebuscando en su memoria todos los restos de las antiguas teorías del colegio sobre los derechos del obrero, el porvenir del pueblo y la tiranía del capital. Producía mucho efecto, y los camaradas venidos para pasar la noche con el cantante, se extasiaban ante aquella elocuencia fácil y clara, en medio de su trivialidad.

Aquellos compañeros, en traje de trabajo, ennegrecidos y cansados, á quienes Roudic invitaba á sentarse á medida que iban entrando, tomaban junto á la mesa posturas groseras, se echaban grandes vasos de vino, que bebían de un trago, soplando ruidosamente y limpiándose con el revés de la manga, el vaso en una mano y la pipa en la otra.

Ni siquiera entre los bohemios había visto nunca Jack semejantes maneras, y á cada momento le chocaban, por su franca grosería y palabras rústicas. Además, no hablaban como el mundo, sino que usaban entre ellos una especie de jerga que el niño encontraba baja y fea. Jack sintióse acometido súbitamente de una inmensa tristeza, ante aquella reunión de obreros que se renovaba continuamente, sin que parase atención ni en los que entraban ni en los que salían.

—¡Y voy á parar en esto!, decía aterrado.

Aquella noche, Roudic lo presentó al jefe del taller de la fundición, un tal Lebescam, bajo cuyas órdenes debía aprender el niño. Este Lebescam, un cíclope veludo que tenía barba hasta en los ojos, hizo un gesto al ver á su futuro aprendiz vestido de señorito y con las muñecas tan delgadas y las manos tan blancas. Los trece años de Jack tenían, en efecto, un aire femenino. Sus rubios cabellos, aunque cortados, hacían graciosas ondas, ese rizado hecho por los acariciadores dedos de la madre; y la finura, la distinción que había en toda su persona; aquel aire aristócrata natural, que irritaba tanto á D'Argenton, resaltaban más, todavía, en el medio trivial en que ahora se encontraba.

Lebescam encontró, sobre todo, que tenía el aire muy delicado, muy "enfermizo."

—¡Oh! ese aspecto se lo dan la fatiga del viaje y sus vestidos de señorito, dijo el bueno de Roudic; y volviéndose hacia su mujer: Clarisa, ve á buscar una blusa para el aprendiz. . . ¡Mira! ¿sabes, mujer? Debías hacerle subir en seguida á su cuarto. Se cae de sueño; y mañana es preciso que esté de pie á las cinco. Ya oyes, pequeño; á las cinco en punto vendré á llamarte.

—Sí, señor Roudic.

Pero antes de subir, Jack debió sufrir los adioses de Labassindre; que quería beber un trago, especialmente por él.

—¡A tu salud, amigo Jack; á la salud del obrero! Yo os lo digo, hijos míos; el día en que queráis, seréis los amos del mundo.

—¡Oh! Los amos del mundo es mucho, dijo Rou-

die sonriendo. Con estar seguro de poseer á la vejez una casita y una poca de tierra al abrigo del mar, nos damos por muy contentos.

Mientras que discutían, Jack, escoltado por las dos mujeres, entró en la casa. Esta no era grande, y se componía de un piso bajo dividido en dos piezas, una de las cuales se llamaba "la sala," adornada con un sillón y algunas conchas en la chimenea. Arriba encontrábase la misma distribución. Nada de papel en las paredes: una capa de cal frecuentemente renovada; grandes camas con colgaduras rameadas, rosa y azul pálido, adornadas con franjas de borlas. En el cuarto de Zenaida el lecho era una especie de armario abierto en la pared, á la antigua moda bretona. Un armario de encina tallada y forrada de imágenes de santos colgadas por todas partes con rosarios de todas clases, de marfil, de nácar, componían el mueblaje. En un rincón, un biombo de grandes flores ocultaba la escala por donde se subía al camaranchón del aprendiz.

—Aquí duermo yo, dijo Zenaida. Usted, hijo mío, allá arriba, precisamente encima de mi cabeza. Pero no le importe, puede usted andar, bailar, yo tengo el sueño pesado.

Le encendieron una gran linterna, dió las buenas noches, y subió á su camaranchón, verdadera buhardilla donde el sol daba tañ de lleno que, aun en aquella hora de la noche, las paredes conservaban su calor, concentrado, sofocante. Una ventana muy estrecha, que apenas dejaba pasar aire, abríase casi en el mismo techo. Ciertamente, el dormitorio del colegio de Moronval había preparado á Jack para soportar extraños domicilios; pero al menos allá eran muchos para so-

portar tantas miserias. Aquí no había Madú—¡pobre Madú!—ni nadie. Esto era la soledad del desván, donde no se ve más que el cielo, perdido en el espacio como una barquilla en alta mar.

El niño miraba al techo inclinado, donde ya había tropezado su cabeza, y una estampa de Espinal sujeta á la pared con cuatro alfileres; miraba también el traje extendido sobre su cama, preparado para el aprendizaje del día siguiente: el ancho pantalón de tela azul y la blusa. Todo caído sobre la cubierta, con pliegues de fatiga de abandono, como si alguien, muy cansado, se hubiera tendido allí, al azar de la laxitud de sus miembros.

Jack pensaba: "Héme aquí. ¡Eso soy yo!" Y mientras que se contemplaba así tristemente, subía del jardín el ruido confuso de las conversaciones de después de beber, mezclado á una discusión muy viva, escuchada en la habitación de abajo, entre Zenaida y su madrastra.

No se distinguía muy bien la voz de aquélla, serda y baja como la de un hombre. La señora Roudic, por el contrario, tenía una voz ligera, fluida, que las lágrimas hacían más cristalina en aquel momento.

—Sí, que se vaya, ¡Dios santo!, que se vaya, decía con más pasión de la que se hubiera podido sospechar en ella por su aspecto ordinario.

Entonces el tono de Zenaida, muy severo y muy firme, pareció dulcificarse. Después, las dos mujeres se besaron.

Abajo, en el jardín, Labassindre cantaba una de aquellas antiguas romanzas sentimentales, tan del gusto de los obreros:

Hacia las costas de Francia  
Boguemos dulcemente.

Y los demás cantaban en coro:

Bogad, bogad,  
Boguemos cantando.  
Para nosotros  
Los vientos son mares.

Jack se sentía en un mundo nuevo, donde para vencer le faltaría todo. Sentía miedo; adivinaba entre aquellas gentes y él, distancias, puentes hundidos, abismos infranqueables. Lo único que le sostenía y le tranquilizaba, era el pensar en su madre.

¡Su madre!

Pensaba en ella mirando el cielo cuajado de estrellas.

Hacia ya mucho tiempo que se encontraba en aquella actitud y la casa hallábase entregada al sueño y al silencio, cuando de pronto alzóse cerca de él un largo suspiro, tembloroso todavía por las sacudidas del llanto, y comprendió que la señora Roudie también lloraba en su ventana, y que otra pena, además de la suya, veía en aquella hermosa noche.



Un domingo, leía Jack ante el auditorio ordinario....